



PRÓLOGO

En la historia reciente de Barcelona existe un momento espectacular de gran belleza plástica: un atleta camina lentamente a lo largo de una tabla de saltos, y cuando llega al extremo de ésta, alza los brazos, se eleva balanceándose en la palanca y se lanza hacia el cielo, para abarcar en su salto el perfil de un "Poble Sec" convertido en espejismo acuático.

Esta imagen de los saltadores olímpicos en la piscina de Montjuïc llegó a todos los rincones del mundo y quedó grabada en el recuerdo de muchos como uno de los símbolos del verano mágico del 92. Sin embargo, para algunos de nosotros las imágenes televisivas de Montjuïc nos acercaban también a lugares y espacios próximos y queridos. La Parroquia, el Colegio, el Hospital, el Taller, Planoles en la distancia, ... todo en un solo nombre: San Pedro Claver.

La obra claveriana, el esfuerzo y la dedicación de tanta gente buena, el trabajo y las oraciones del día a día evangélico; todo ello como fruto colmado de la semilla que un día plantó nuestro añorado Padre Artigues. Y así, mientras los ojos se recreaban en la Barcelona moderna, pensábamos en la época aquella en que el "Paralelo" significaba luchas políticas y olor a "Barrio Chino", barracas en la montaña y marginación en las calles. Y ahora nos parece que, de alguna manera, los hombres y mujeres que han hecho posible la obra claveriana fueron como los saltadores olímpicos: cerca del cielo para abrazar en un salto generoso a todos los necesitados.

La historia de ese salto se inició un trece de febrero, con trece niños que acudían por primera vez a una catequesis infantil. Cincuenta años después son imágenes para el recuerdo, pero también los cimientos de la construcción del futuro que espera.

HISTORIA

Como quiera que el crecimiento de la ciudad de Barcelona exigía una nueva reestructuración de las parroquias, con aumento del número de ellas para atender a las necesidades de los nuevos feligreses, el Excmo. y Rvdo. Arzobispo de la diócesis, D. Gregorio Modrego Casaus crea, por decreto de 9 de Octubre de 1945, cuarenta nuevas parroquias, y entre ellas la de San Pedro Claver, cuya demarcación y ubicación en la ciudad pueden verse en el plano adjunto.

La parroquia recién creada estaba situada en el barrio de *Poble Sec*, y tenía como límites la zona portuaria, las estribaciones de la montaña de Montjuïc y el entorno del Paralelo. En aquella zona existían numerosas fábricas y almacenes de carbón que proporcionaban un cierto aspecto de soledad y aislamiento a la parte del barrio que ocupaban.

El censo de la parroquia lo formaban unas quince mil personas, en su mayoría obreros procedentes de la emigración interna. Junto a éstos, y en convivencia a veces difícil, un número nada despreciable de familias gitanas, y las gentes de vida marginal que dependían de las actividades ligadas a los garitos, cabarets, burdeles, etc. de la zona del Paralelo.

En la parte de la demarcación parroquial, donde ésta se encarama a la montaña de Montjuïc, existía un gran número de barracas en las cuales vivían unas tres mil quinientas personas en condiciones higiénicas extremas. Carecían de agua corriente y por tanto de aseos. Para abastecerse en la fuente más próxima, tenían que desplazarse hasta el pie de la montaña con garrafas y cubos, en una especie de paseo continuo que se repetía varias veces a lo largo del día. Las viviendas carecían de cualquier comodidad y muchas veces se reducían a un único espacio donde convivía toda la familia sin el más elemental derecho a la intimidad.

Las condiciones generales de la zona no eran mucho mejores. La misma roca de la montaña servía en ocasiones para sostener las paredes de las barracas. Cuando llovía, el agua y la humedad creaban graves problemas de salud y habitabilidad. Eso cuando no se llevaban por delante la endeble construcción chabolística. Muchos de sus moradores dormían abrazados a un cubo, mientras la lluvia caía en el interior de la barraca con la misma intensidad

que en el exterior.

Esta forma de vida, infrahumana, producía como consecuencia una gran precariedad en la situación espiritual y material de los nuevos feligreses de San Pedro Claver.

Nueva parroquia, zona difícil y conflictiva, y un problema añadido: la falta de clero para atender las necesidades de la diócesis. En ayuda de la jerarquía eclesiástica acudieron algunos religiosos pertenecientes a diversas órdenes, y así, el 8 de octubre de 1948 se confió la parroquia de San Pedro Claver al cuidado de los Padres de la Compañía de Jesús. Y llegó el Padre Artigues.

El padre Luis Artigues i Sirvent, entonces Superior de la Casa de Ejercicios de Manresa, fue el designado por el Padre Provincial para hacerse cargo de la nueva parroquia. El día 16 de octubre de 1948 recibió el nombramiento con estas palabras: "...Estaré siempre dispuesto a lo que me mande la santa obediencia..." Pero en su tarea no estaba sólo; los padres Puche y Savall recibieron así mismo los títulos de Coadjutores de la Parroquia de San Pedro Claver. Y con la bendición del Sr. Obispo, se incorporaron a lo que iba a ser el inicio de una gran obra.

El tiempo apremiaba -"*... la mies es mucha...*"- y ese mismo día, por la tarde, empezaron a conocer las urgentes necesidades sociales del barrio. Poco a poco fue surgiendo una idea precisa: el barrio de la Parroquia podría ser como un nuevo Montmartre en Barcelona. Gentes desarraigadas, escasez de viviendas dignas, abandono material y moral, abigarrada multitud de marginados; pero por encima de todo ese sufrimiento, la imagen redentora del mensaje cristiano: "*... Amaos los unos a los otros...*"

El primer local que dispuso la Parroquia estaba situado en el número 14 de la calle de Vilà Vilà. Era un centro de la Propagación de la Fe, construido sobre un solar propiedad del Obispado. Un patio con unos arbolitos contrastaba con la nave en estado casi ruinoso, pero a pesar de la escasez de medios la voluntad estaba dispuesta: "*... Dios proveerá...*"

Y Dios no iba a fallar, y tampoco los hombres. El análisis de la realidad del barrio y de sus problemas les llevó, de un modo valiente y sincero, a plantear la necesidad de iniciar su trabajo

atendiendo en primer lugar las necesidades materiales de los feligreses. La ignorancia, la miseria, el abandono moral y la insolidaridad constituían las señas de identidad de gran parte de la población del barrio. ¿Cómo hablarles de vida espiritual y de moralidad?

No se podía comenzar la tarea siguiendo el modelo tradicional. No construirían un local destinado al culto hasta que las necesidades primordiales estuvieran cubiertas. Asistencia sanitaria, escuelas, viviendas dignas, y mucha comprensión. Esos serían los materiales que darían forma al Templo del Señor.

CATEQUESIS

La primera actividad de la vida parroquial fue la Catequesis infantil. Empezó el domingo 13 de febrero de 1949 con asistencia de trece niños. Ese día se puso la primera piedra de todas las actividades que posteriormente se fueron creando.

Los principios resultaron difíciles. A pesar de contar con la ayuda de catequistas de varias órdenes religiosas, - Congregantes de Jesús María, Esclavas del Sagrado Corazón, Loreto, Compañía de María y de Santa Teresa entre otras- los niños rechazaban su presencia porque les era extraña y no estaban acostumbrados a la ayuda desinteresada.

Domingo tras domingo las catequistas iban por las barracas y con la ayuda del sonido de una campanilla anunciaban el comienzo de la catequesis. Su tenacidad y constancia dio fruto y poco a poco el número de niños fue aumentando. Ya eran más de cuatrocientos, y apenas habían transcurrido unos meses.

No había límite de edad. De los tres años a los dieciocho todos tenían su lugar en el patio. Agrupados en veintitrés secciones, los niños seguían a su catequista que para ser reconocida alzaba un banderín con el número del grupo correspondiente. Todo se preparaba cuidadosamente. El padre Puche animaba la entrada con música y cantos, y después de la catequesis, se les obsequiaba con una merienda de pan y chocolate. Años más tarde la merienda

sería acompañada con la proyección de películas de cine.

Los chicos mayores acudían con sus hermanos pequeños en brazos. En el patio- ¿quién no recuerda aquellas alegres filas?- se separaban y los muchachos de más edad se agrupaban alrededor de dos hermanos estudiantes de la Compañía de Jesús, mientras los pequeños acudían a buscar a su catequista arropados por los cantos y por su propia alegría.

Sólo un problema enturbió aquellos inicios. Los niños gitanos no se integraban fácilmente con los niños payos. La mutua desconfianza y la marginación secular del pueblo gitano eran todavía barreras poderosas en aquel barrio. No quedó más remedio que separarlos, a la espera de que el tiempo y la paciencia solucionasen el problema.

Y llegó la primera Navidad. Llenos de ilusión se confeccionaron algunos lotes para repartir entre las familias más necesitadas y, cómo no, también entre los niños de la Catequesis. Aquellos primeros lotes que se repartieron consistían en: un kilo de arroz, un kilo de patatas, una barra de turrón, una tableta de chocolate y dos naranjas. Y por supuesto, una buena dosis de amor. El Padre Artigues comentaba así este primer reparto de Navidad: *"...Todo ha ido muy bien y todos muy contentos..."* Sencillez de palabra para un gran logro.

Las semanas iban pasando y ya había que pensar en las primeras comuniones. Para poder preparar mejor a los niños que en mayo iban a celebrar su Primera Comunión, se decide ampliar los días de catequesis a tres veces por semana. Algunos niños no sabían si estaban bautizados, sus madres tampoco lo recordaban y ante la duda, ¡pues a bautizarlos!, que a grandes males, grandes remedios. Y así el día adía, los problemas cotidianos resueltos con decisión y confianza en Dios.

El 2 de julio de 1950 se celebran las Primeras Comuniones en la Parroquia de Santa Madrona. Es el inicio de una tradición que continuará año tras año.

Manos amigas han confeccionado los trajes y vestidos de los niños y niñas. En una ocasión tan especial resulta importante que se acerquen al altar contentos por el decoro de sus ropas. Los niños vestían traje de marinero. Las niñas payas, vestido y velo

blanco. Las niñas gitanas, traje de faralaes y velo blanco.

Son las seis de la mañana y ya están todos impacientes por vestirse. Las catequistas los van equipando ordenadamente en medio de la alegría, los nervios y la expectación. Para muchos de ellos se trata de su primer traje nuevo y de sus primeros zapatos. Todos han llegado recién bañados y oliendo a colonia, componiendo una mezcla de olores que les hace bromear y reír.

Ya están preparados para formar la comitiva hasta la Iglesia de Santa Madrona. A las ocho se inicia la procesión encabezada por la bandera de la Congregación Mariana. Catequistas, padres, parientes y medio *Poble Sec* están en la calle para ver pasar a los niños.

Fue todo un espectáculo, un testimonio de inocencia y alegría en medio de un barrio que no conocía muy bien el auténtico sentido de esas dos palabras.

La ceremonia fue oficiada por el Sr. Obispo Dr. Modrego y contó con la presencia del Padre Provincial de los Jesuitas. Al final de la ceremonia, los niños se consagraron a la Virgen de Fátima, quien rodeada de flores presidía el altar.

Ya de regreso a nuestro local de Vilà Vilà se les sirvió un suculento desayuno. Tazas de chocolate, ensaimadas y pastas. Y mucha alegría que sirvió para decorar los trajes de la ceremonia con algunos lunares procedentes de las tazas. Por la tarde hubo fiesta para todos. Merienda, juegos, payasos y como final de fiesta, una atronadora traca de petardos que acabó con los pocos cristales que aún quedaban en las ventanas.

Cuarenta y un niños y cuarenta y tres niñas fueron los que iniciaron aquella primera fiesta de las Primeras Comuniones y su alegría aún parece que resuena en los rincones del barrio y de la memoria.

Si alegre había sido la ceremonia en Santa Madrona, no menos celebrada fue la llegada de los Reyes Magos a San Pedro Claver. Desde primeras horas de la mañana del día señalado, los niños esperaban ansiosos la llegada de los Magos de Oriente, lo que para muchos de ellos era una auténtica novedad y sorpresa.

Para entender la magia de aquel día tendríamos que trasladarnos a 1950 y observar la situación real de sus familias. La mayoría vivían en barracas. Sus padres a duras penas podían mantenerlos, y mucho menos dedicar parte de su escaso patrimonio a la compra de algún juguete. No conocían otra diversión que deambular por el barrio o por entre las chabolas. Así que el anuncio de un suceso tan extraordinario como la cabalgata de Reyes llenaba sus ojillos de esperanza y alegría.

La comitiva real se había formado frente al Molino y empezaba a descender por la calle de Vilà Vilà, seguida de algunas camionetas que contenían los regalos. La expectación era grande y todas las miradas se dirigieron hacia la entrada de la calle. Hasta el Padre Artigues - siempre tan sereno- se puso nervioso mientras miraba insistentemente la calle y cuando vio aparecer la comitiva se le iluminaron los ojos de alegría como si fuese un niño más. El griterio de los niños fue atronador.

El primer año se repartieron trescientos cincuenta lotes, pero en el año 51 se dobló la cifra. Cuando los Reyes hacían la entrada en nuestros pobres locales, se les daba una solemne bienvenida y después se repartían los regalos en medio de una alegre algarabía de gritos infantiles.

A uno de estos repartos asistió el Sr. Obispo, quien se acercó casualmente a un gitanillo al que le había tocado en el lote una escopeta. Fue recibido con un rotundo ¡Arriba las manos! Ante la insistencia del gitanillo, el Obispo, más asombrado que enfadado, no tuvo más remedio que obedecer las órdenes del escopetero.

Otro recuerdo que aflora con gran intensidad se refiere al domingo 27 de mayo de 1951, cuando se celebró la solemne procesión del Santísimo por el barrio de barracas. El aspecto de la montaña de Montjuïc y de sus chabolas no podía ser más festivo. Los vecinos se esmeraron en asear el camino por donde debía transcurrir la procesión, encalaron las fachadas y levantaron más de veinte altares delante de sus barracas. Las puertas y ventanas aparecieron adornadas con sus mejores colchas y por todas partes se observaba el humilde esfuerzo por preparar lo mejor posible el camino del Santísimo.

Más de tres mil personas, entre hombres, mujeres y niños, se dieron cita a las seis de la tarde para recibir al Santísimo

Sacramento. La procesión fue presidida por el Sr. Obispo, acompañado por el Padre Dalmau, Vice Provincial de los Jesuitas. Cuando apareció el Santísimo, bajo el palio que sostenían los jóvenes del barrio, flanqueados por la Guardia Urbana, una lluvia de flores y cantos llenó las sencillas calles. Entre el asombro y la devoción, la procesión fue discurriendo entre aquellas fachadas blanqueadas que a muchos de los asistentes les traían el recuerdo añorado de los pueblecitos andaluces o extremeños de donde procedían.

Después de la bendición, el Santísimo fue trasladado de nuevo al Palau. El fervor de aquellas gentes hizo exclamar al Padre Artigues: "¡Hoy Cristo Rey ha triunfado en las barracas!"

Y el trabajo no cesaba. El 8 de abril de 1951 se celebra la Santa Misa en las llamadas barracas del Estadio. Es una ceremonia al aire libre que cuenta con la presencia de un invitado inesperado: la lluvia. Como señala el Padre Artigues en su diario "... fue una misa en plena lluvia viva..."

La lluvia de abril resultó un triste presagio. El 2 de octubre del mismo año cae sobre Barcelona una impresionante tromba de agua que causa graves daños en la zona de Monjuïc. Muchas barracas son arrasadas por el agua y sus ocupantes escapan a duras penas de la avalancha de agua y fango. Pero no todos lo consiguen: dos niños, uno de siete años y otro de dos meses, mueren a causa de la tormenta.

Ante la terrible situación se decidió abrir las puertas de nuestros locales para socorrer a las víctimas del aguacero. La mayoría se habían quedado sin viviendas y carecían de los enseres básicos, que habían desaparecido arrastrados por el agua. Es el momento de pedir ayuda: desde la Parroquia se lanza un SOS a los colegios de la Compañía de Jesús y la generosa respuesta no tarda en llegar. Mantas, ropa de abrigo y toda clase de donativos permiten poner momentáneo remedio a la caótica situación.

El 6 de octubre de 1951 se celebra por primera vez la Santa Misa en los locales de Vilà Vilà. Asisten más de cuatrocientas personas, y la emoción de los días pasados se une al entusiasmo por la ceremonia religiosa. Es una fecha inolvidable por muchas causas, primera misa -con los ornamentos regalados por el Congreso Eucarístico Internacional-, acción de gracias por la

ayuda recibida después del desastre, y sobre todo la constancia de la realidad de un colectivo entusiasta cada vez más numeroso.

Trabajo, trabajo y más trabajo. Y siempre sin descuidar la formación. Los retiros en Montserrat, o en cualquier otro punto de carácter espiritual, permitían a las catequistas afianzar su labor y retornar a la Catequesis con nuevas fuerzas para desarrollar su trabajo.

Y así, año tras año, las actividades propias de la Catequesis fueron aumentando según las necesidades de la Parroquia. Las procesiones del mes de Mayo, la consagración de los niños a la Virgen, la bendición de las palmas el domingo de Ramos, el Jueves Santo, la Vela del Santísimo por los jóvenes del barrio, y el Domingo de Pascua con el tradicional reparto de "monas". Todo ello vivido con entusiasmo, con fuerza, y sobre todo, con un generoso y fraternal espíritu cristiano.

EL HOSPITAL

Si las necesidades espirituales empezaban a ser atendidas en la incipiente Catequesis, pronto se hizo evidente que los problemas de salud de la gente del barrio exigían una atención médica inmediata.

La carencia de recursos materiales propiciaba una situación sanitaria compleja. Malnutrición, falta de higiene, presencia de enfermedades infecciosas, eran los aspectos más preocupantes y que demandaban una ayuda urgente.

El 26 de diciembre de 1949, y como primera respuesta a las necesidades del barrio, se inauguró un pequeñísimo Dispensario Parroquial que apenas contaba con unas pinzas, un bisturí y ¡un paquete de gasas! Fue inaugurado por el Sr. Arzobispo, quien asombrado- y hay que reconocer que San Pedro Claver siempre conseguía asombrarle- por aquella falta de medios, preguntó: "¿Qué bendigo?" A lo que el Padre Artigues contestó: "Lo que será". Y la Divina Providencia fue haciendo lo demás. "...Pedid y se os dará..."

El día 2 de enero de 1950, dos médicos y tres enfermeras esperaban a los pacientes. El primero en ser atendido fue un niño que recibió la ayuda de los cinco... ¡había tantas ganas de ayudar! Al concluir esta primera etapa, en 1953, quedaban registradas más de cincuenta y cinco mil asistencias, realizadas por doce doctores y diecinueve enfermeras, entre los que se contaban los más prestigiosos especialistas médicos de Barcelona.

La demanda cada vez era mayor y pronto se constató la insuficiencia de los locales habilitados para las consultas médicas. Había que ampliarlos si se quería seguir ofreciendo una atención sanitaria suficiente. El día 1 de junio de 1953 se colocó la primera piedra del nuevo edificio destinado a hospital.

El III Centenario de la muerte de San Pedro Claver, celebrado en 1954, sirvió de acicate para dar un nuevo impulso a la asistencia en el barrio: acababa de iniciarse la Obra Médico Social Claveriana (O.Me.So.C.)

Los consultorios se fueron ampliando y el 23 de mayo de 1954 quedaron inaugurados los institutos de Patología cutánea y Oncología. Después los de Oftalmología y Otorrinolaringología.

Sobre la única planta del edificio se levantaron otras dos. La tercera planta fue construida gracias a la ayuda de la Campaña Benéfica de Radio Nacional de España en Barcelona, y fue inaugurada el 28 de octubre de 1956.

Lo que empezó siendo un pequeño dispensario que causaba asombro al obispo se había convertido en un hospital con dos quirófanos, treinta y tres camas y un cuadro médico de sesenta doctores y cincuenta y seis auxiliares sanitarias femeninas. Entre éstas se encontraban las Misioneras Auxiliares de la Iglesia, que tenían a su cargo el cuidado de los enfermos hospitalizados, así como los servicios de Rayos X y Radioterapia. También se contaba con un laboratorio de análisis clínicos y otro de revelado fotográfico, este último a cargo de D. Carlos Portabella, un colaborador de muy meritoria valía.

El hospital disponía de farmacia, que proporcionaba gratuitamente los medicamentos prescritos. En cuanto a la asistencia sanitaria, se establecieron unas cuotas mínimas para que el enfermo tuviera conciencia de que recibía un servicio y

no una limosna. Las cuotas oscilaban desde una peseta, para los considerados más necesitados, hasta las tres y cinco pesetas que abonaban los que se encontraban en mejor situación. Todo el personal que atendía los distintos servicios lo hacía de forma desinteresada y con la mejor voluntad posible.

Para hacer frente a todos los gastos de las actividades existentes, así como a los de las obras emprendidas, se pidió a la *Caixa de Pensions* un empréstito de un millón de PTA a base de créditos personales de diez mil PTA cada uno. Más tarde fue ampliado a trescientas y setecientas mil pesetas. Llegando de este modo hasta la cifra de dos millones de PTA. Estas cantidades, más las aportaciones de bienhechores, y los beneficios obtenidos en múltiples festivales, tómbolas, rifas y representaciones teatrales, sirvieron para permitir la continuidad de la ayuda asistencial que se realizaba a través de la Obra Claveriana.

Y mientras las ayudas no cesaban, el Padre Artigues viajaba a Madrid para ponerse en contacto con aquellas autoridades que podían prestar alguna colaboración a la Obra. Todas sus gestiones dieron fruto y fueron abundantes los donativos que se recibieron, tanto en metálico como en forma de medicamentos, e incluso una generosa donación de libros y estanterías permitió abrir una pequeña biblioteca, que completaba aún más los servicios prestados al barrio.

Resultaría prácticamente imposible calcular el número de enfermos atendidos durante todos estos años, las curas realizadas, las inyecciones, los tratamientos,... las horas de entrega y colaboración desinteresada, y por encima de todo ello las muchas personas que además de cuidados médicos recibieron una palabra de consuelo o la ayuda de una mano extendida en un momento crítico de su vida.

OBRA DE LA MADRE

El día dos de febrero de 1950, fiesta de la Purificación de la Virgen, se inició la Obra de la Madre.

Un grupo de señoras, pertenecientes a diversas congregaciones - entre ellas las Damas Negras-, se hacen cargo de esta nueva actividad. Acuden los miércoles a los locales de la calle Vilà Vilà y allí se ponen en contacto con los muchos problemas de las mujeres del barrio.

Como la experiencia con los niños ha dado resultados satisfactorios, se decide agruparlas según las edades. Y se inicia la tarea de formarlas espiritualmente a la vez que se les enseña cómo llevar su casa y cuidar de sus hijos. Las necesidades materiales de las mujeres son cubiertas en la medida de lo posible, y rara es la semana en que no se reparten alimentos, ropas y medicamentos de primera necesidad.

A las futuras madres se les proporcionan las canastillas para sus bebés, y se inicia con ellas una formación dietética básica para que sepan cómo deben alimentar a los niños y evitar de ese modo el riesgo de la tuberculosis, enfermedad endémica en aquella época entre los niños del barrio.

Al igual que sucede con los grupos infantiles y juveniles, las celebraciones de Navidad y Pascua son acogidas con gran alegría por las madres, sobre todo cuando reciben los tradicionales lotes navideños y "monas" de Pascua.

Durante años la Obra de la Madre atendió no sólo las necesidades materiales y de formación de las mujeres, sino que también se ocupó de resolver multitud de problemas familiares e incluso administrativos. Anécdotas hay muchas, y sirva de ejemplo el caso de Rosario, una mujer gitana que nunca había sido inscrita en ningún Registro Civil. Todo su deseo era no morir sin tener antes su carnet de identidad. Se dieron mil y un pasos y finalmente Rosario vio cumplida su ilusión.

Y Rosario era sólo una faceta simpática dentro de la problemática que planteaban muchos jóvenes gitanos que carecían de cualquier

tipo de documentación. Así, después de muchos esfuerzos, fue posible regularizar la situación de algunas parejas y legalizar sus matrimonios, e incluso se consiguió dotar de documentos a muchos gitanos jóvenes que deseaban integrarse en el mundo laboral y no podían hacerlo por carecer de cualquier forma de identificación.

Para acabar no podemos olvidar tampoco a las visitadoras domiciliarias, que atendían en sus casas a los enfermos y necesitados que no podían desplazarse. Sus cuidados y atenciones marcaron una línea de asistencia social que, con la perspectiva de los años, podemos considerar muy avanzada y realista para su época.

EL COLEGIO

Poco a poco la obra asistencial se va completando. Cada vez que una de las necesidades primordiales empieza a quedar cubierta, surge una nueva actividad a la que dedicar esfuerzos y voluntades.

El día 25 de agosto de 1950 se presenta en la Inspección de Primera Enseñanza la instancia solicitando la apertura del colegio para niños. Concedido el permiso, éste se inaugura el 2 de octubre con el nombre de Colegio de San Pedro Claver. Como director se hace cargo del mismo el "maestrillo" Alberto Losada.

El día 16 se inicia la escuela nocturna para obreros, pensada como núcleo inicial de la Escuela Técnica que se pensaba abrir. Como ésta no llegó a ser una realidad, se firmó un acuerdo con la Escuela Sindical Virgen de la Merced, cuyos programas de enseñanza eran similares a los nuestros. Así, cada fin de curso, los profesores de la escuela sindical se desplazaban a nuestro colegio para examinar a los alumnos y dar el visto bueno a los que demostraban estar suficientemente preparados.

Como complemento de los colegios, en diciembre de 1954 se inauguró, bajo el patronato de los ingenieros industriales de

Barcelona, un taller de oficios que se llamó "Taller de Nazareth".

De todos los recuerdos que afloran, sin duda uno de los más emocionantes fue el del final del primer curso del Colegio. Era el mes de mayo y empezamos las celebraciones en honor de la Virgen. A todos los niños, tanto del colegio como de la catequesis, se les impuso el escapulario de la Virgen del Carmen. Se acercaba ya el final de curso y los actos marianos significaron como un preludio gozoso de la gran fiesta del mes de julio. El día de la gran celebración, los niños, acompañados de sus profesores, asistieron por la mañana a una misa en Santa Madrona para dar gracias por haber podido acabar el curso sin contratiempos. Por la tarde, y en el patio del colegio, tuvo lugar una fiesta con todos los niños del colegio y de la catequesis. En el transcurso del acto se repartieron los diplomas a los mejores alumnos. Todos, profesores, alumnos, catequistas y colaboradores de la obra, se sintieron llenos del mismo entusiasmo y alegría con que meses atrás habían iniciado la primera andadura del colegio.

Después de aquella primera fiesta hubo muchas más, siempre con la misma alegría y esfuerzo. Los niños se fueron multiplicando, y crecieron, y sus hijos y nietos pasaron por el colegio... hoy, haber sido alumno de San Pedro Claver es ya una seña de identidad de las gentes del barrio.

A la sombra del colegio se creó el "Club de San Pedro Claver", obra deportiva para jóvenes. Llegó a tener doce equipos, que practicaban varios deportes: ciclismo, natación, montañismo, ajedrez y fútbol. Concurrían al club más de trescientos muchachos y como anécdota podemos señalar que incluso formó su propio conjunto musical, llamado " Los Clavers".

Uno de los profesores del colegio, el hermano Alfonso, vio las posibilidades musicales de los muchachos y creó una rondalla. Los niños y niñas entraban por la tarde una hora antes y se les daban clases de guitarra, bandurria y laúd. La rondalla, que también se llamaba San Pedro Claver, actuó en Radio Barcelona con gran éxito. También fue muy celebrada su actuación durante unas navidades en las Ramblas barcelonesas. Ataviados de pastorcillos y con un burrito que nos prestó el Zoo de Barcelona, los niños y niñas de la rondalla recorrieron las calles de Barcelona al son

de los villancicos más populares. Fue emocionante; la gente se apartaba y formaba fila para ver y escuchar a nuestros niños, mientras todo el *Poble Sec* aplaudía a su paso.

La vida espiritual no quedó relegada en la atención de aquellos jóvenes. Muchos de ellos formaron parte de las JOC (Juventudes Obreras Católicas) y no era extraño verles las noches de Jueves Santo hacer vela ante el Santísimo, o el Viernes Santo salir en procesión del Vía Crucis por las calles del Paralelo.

En el año 1960 el Colegio fue reconocido como Instituto de Enseñanza Media, filial nº1 del Instituto Ausias March. Años más tarde, y por razones de espacio, este título fue cedido a los Escolapios de la Ronda, con la condición de disponer siempre de plazas en dicho centro para los alumnos del colegio que desearan seguir estudios de Bachillerato.

En el momento del recuerdo vienen a la memoria los nombres de algunos de los directores que han hecho historia en el centro. Los padres Losada, anteriormente citado, Pascual, Blanch, Rovira, el seglar Martiriam Tornero, y más recientemente, las profesoras Guillermina y Maite. Para todos ellos, y para todos los profesores y profesoras que han pasado por el centro, la evocación del mensaje bíblico: " ... hay que ser como un niño para entrar en el Reino de los Cielos..."

TALLER ESCUELA "STELLA MATUTINA"

Paralelamente a la acción del colegio, en octubre de 1955, se creó el Taller escuela "Stella Matutina". La experiencia educativa llevada a cabo con los niños y jóvenes del barrio había evidenciado la necesidad de extender la atención formativa a las niñas y jóvenes que desearan asistir a clase. Parecía justo no privar de oportunidades a unas muchachas que mostraban sus grandes deseos de aprender. Desde el primer momento la escuela se creó con una doble finalidad: por un lado atender a la docencia y por otro enseñar un oficio que además proporcionase trabajo a las jóvenes del barrio.

La escuela de Primera Enseñanza empezó con un grupo de sesenta niñas, y paulatinamente se fue ampliando hasta cubrir el ciclo completo. También contaba desde sus inicios con una escuela nocturna para jóvenes; allí además de un repaso de cultura general, se daban clases de corte y confección y de mecanografía. A las niñas que demostraban su capacidad para estudios superiores se les costeaban dichos estudios atendiendo a cada caso en particular.

Mención especial merece el taller de artesanía textil. Creado con la finalidad de conseguir un trabajo remunerado a las jóvenes, contaba con telares artesanos de los que salieron alfombras hechas a mano, tejidos y prendas que pronto pudieron encontrarse en las tiendas de firmas tan prestigiosas de Barcelona como Santa Eulalia y El Dique Flotante, entre otras.

Con el tiempo la demanda de más plazas escolares, unida a una mejora en las condiciones económicas del barrio, hizo plantear la necesidad de ampliar la escuela ocupando los locales del taller. Este se cerró una vez concluida su fructífera labor.

Cuando la nueva organización educativa lo hizo necesario, se unieron ambas escuelas, creándose la escuela mixta de San Pedro Claver. De este modo se consolidaba la labor educativa en el barrio, labor que a lo largo de los años ha proporcionado a la escuela una reconocida fama entre los vecinos del *Poble Sec*.

Por sus aulas han pasado sucesivas generaciones de alumnos que hoy en día son padres o madres de familia, orgullosos de llevar a sus hijos a las mismas aulas que ellos ocuparon y donde aprendieron a ser miembros activos de la sociedad.

PLANOLES

Pronto se vio la necesidad de prolongar la acción educativa del colegio extendiéndola a los meses del verano. Los niños y las niñas del barrio vivían todo el año apretujados en inhóspitas barracas y pareció conveniente que pudiesen disfrutar de unos

días en el campo en pleno contacto con la naturaleza.

La primera salida de "colonias" la realizó un grupo reducido de niñas que fue a pasar unos días a Ribes de Freser. Se alojaron en un apartamento cedido por un doctor del Hospital de San Pedro Claver. El cambio de ambiente y la vida cerca de la naturaleza sentaron estupendamente a aquel primer grupo.

Al año siguiente se pudo ampliar el número y fueron treinta las niñas que esta vez se desplazaron hasta Santa María de l'Estany. El párroco, por mediación del señor Portabella, nos cedió un antiguo y ruinoso convento de monjas que estaba al lado del monasterio. A las niñas les pareció maravilloso. Aunque no había camas, las colchonetas prestadas por el Frente de Juventudes hicieron las veces y aquellos días pasaron alegremente entre tantas "comodidades".

Por su parte, los muchachos salían de acampada y algunas veces se hicieron turnos en el refugio que los jesuitas tienen en Navà. El padre Artigues solía ir a visitarlos y en una de sus visitas a Navà se encontró con unos vecinos que tenían un hijo afectado de sarna. El niño no era aceptado en ninguno de los hospitales a los que habían acudido y como sus posibilidades económicas no eran buenas, se encontraban ante un problema de difícil solución. Enterados de que en el Hospital de San Pedro Claver había un servicio de Dermatología, acudieron en demanda de ayuda al padre Artigues. Este consultó con los médicos y el niño fue atendido. Después de un laboriosísimo proceso de curas y radioterapia el niño sanó y regresó junto a sus padres.

La noticia se comentó en el pueblo, y los habitantes de Navà, que conocían muy bien la procedencia de aquellos muchachos que iban de "colonias", decidieron hacer donación de un terreno en Planoles, pueblo situado a pie de carretera y cercano a Navà, para que aquellos niños y niñas del Paralelo tuvieran un lugar fijo donde pasar sus vacaciones.

El padre Artigues se puso en contacto con el señor Palau, alcalde de Planoles, y tras elegir el lugar más apropiado para edificar un refugio, se iniciaron los trámites oficiales que culminaron con la donación de cuarenta mil pesetas por parte del ayuntamiento para la compra del terreno elegido.

El día 9 de febrero de 1958 se puso la primera piedra del refugio Claver. Fue un día de mucha alegría. Desde Barcelona habían salido varios autocares con gente del barrio, amigos, catequistas y colaboradores de la obra. A ellos se unieron los vecinos de Planoles y las autoridades asistentes al acto, así como el representante del Padre Provincial de los jesuitas.

Los padrinos de la primera piedra fueron los señores Palau, que a lo largo de los años han seguido colaborando con el refugio, tanto en su edificación como en su mantenimiento, no faltando nunca sus visitas en cada uno de los turnos que por allí han pasado.

El 30 de marzo de 1959 se inaugura oficialmente el refugio. Es lunes de Pascua y los vecinos de Planoles celebran con los asistentes su tradicional "Día de la Truita", costumbre popular que consiste en que los hombres del pueblo convidan generosamente a los visitantes a tortillas y embutidos elaborados por ellos mismos. Ese año la fiesta se realizó en el refugio, como símbolo de su integración en el pueblo. El primer turno de niños llega el 12 de junio del mismo año. Son muchachos de entre siete y diez años, ansiosos de disfrutar de sus primeras vacaciones en el campo.

El Arcipreste de Ribes, delegado por el obispo de La Seu, bendijo la capilla erigida como oratorio semipúblico, y el día 13 del mismo mes el Padre Artigues celebró allí la primera misa.

El refugio de Planoles se ha ido haciendo a golpes de amor. Los operarios de la TAC, que eran unos talleres situados al lado de la parroquia, después de su jornada laboral se quedaban para fabricar las literas, y una vez acabadas, se desplazaron un fin de semana a Planoles para montarlas. Todo desinteresadamente. La vajilla, que todavía está en uso, así como la cubertería y los colchones, y tantos otros detalles, fueron donaciones. Y cada año, grupos de jóvenes y de colaboradores se han ocupado de limpiar la piscina, de cambiar las fundas de los colchones, y de tantas y tantas tareas que han permitido conservar el refugio en estado óptimo para cada uno de los turnos que por allí han pasado.

La colaboración ha hecho que Planoles sea lo que es. Un lugar maravilloso, lleno de buenos recuerdos, de viejas amistades, de

risas y alegrías compartidas, de contacto con la fuerza de la naturaleza. Ese amor compartido debe ser el que hace que de vez en cuando se pare un coche a su puerta y alguien se acerque al refugio para decir a su hijo: -¿Ves? Aquí venía yo cuando era pequeño y no sabes lo bien que lo pasaba.

Con el correr del tiempo se vio la necesidad de disponer de una piscina, para evitar las largas caminatas bajo el sol que hacían los niños cuando bajaban a bañarse al río. El descenso era fácil, pero la subida... eso era otra cosa. Mojados, con el sol de mediodía sobre sus cabezas y sudorosos, los muchachos llegaban medio agotados y con frecuencia se enfriaban. Ante este panorama se pensó en la construcción de una piscina, y tal como fue pensado se puso manos a la obra.

El padre Artigues, que seguía muy de cerca la marcha de las obras, se desplazó a Planoles para comprobar la construcción. El 22 de julio de 1965 un fatal accidente puso fin a su vida cuando apenas faltaban unos kilómetros para llegar al refugio. Al año siguiente los niños ya tenían piscina.

LA MUERTE DEL PADRE ARTIGUES

La muerte del Padre Artigues llenó de tristeza a todo el *Poble Sec.* Fue tan imprevista, tan rápida, tan inesperada que conmovió profundamente los corazones de todos los que habían trabajado a su lado a lo largo de los años.

Su entierro constituyó una impresionante manifestación de duelo: había muerto un hombre bueno y todos querían expresar su dolor. Toda la prensa se hizo eco de la noticia resaltando su personalidad y la labor social que había llevado a cabo en el barrio barcelones.

En su funeral de "*corpore in sepulto*" se dieron cita autoridades de todos los estamentos, catequistas, médicos, enfermeras, maestros, colaboradores y el barrio entero. El Padre Artigues,

que siempre había demostrado cariño y comprensión hacia los gitanos, salió de la iglesia a hombros de cuatro calés que quisieron de esta manera rendir homenaje de afecto al hombre que tanto les había ayudado. Y a hombros le llevaron hasta su última morada rodeados de la pena de todos los asistentes.

La parroquia editó un número extraordinario de su boletín informativo: "Paralelo" dedicó sus páginas a recordar la figura y la obra del Padre Artigues. De entre los artículos dedicados a su memoria destacan las palabras que el padre Ribas, entonces Provincial de los jesuitas, escribió:

"... Su buen corazón se abrió a todos. A todos amó, por todos se preocupó. Su trabajo es modelo de la universalidad del verdadero apóstol de Cristo, para el que las conveniencias humanas nunca son capaces de levantar fronteras..."

ASESORIA JURIDICA Y COOPERATIVA DE VIVIENDAS

El 16 de octubre de 1950 se puso en funcionamiento una asesoría jurídica que funcionaba los lunes de siete a nueve. En ella se atendía gratuitamente a todos los feligreses que requerían sus servicios y sus consejos para solucionar problemas de orden jurídico, familiar o de trabajo.

También se abrió una oficina de información de los Montepíos Laborales, que corría a cargo de una catequista empleada en dichos montepíos. Los domingos, dentro del horario de la catequesis, todos los que necesitaban consejo u orientación eran atendidos como una parte más del trabajo asistencial desarrollado en el barrio.

Siempre fue uno de los objetivos del Padre Artigues mejorar, en la medida de lo posible, las viviendas y hogares de la gente que acudía a él en demanda de ayuda. La escasez de viviendas y su precariedad era uno de los problemas fundamentales del barrio, y en cierta medida gravitaba decisivamente sobre el resto de actuaciones de la parroquia.

El 26 de junio de 1964 se constituyó oficialmente la Cooperativa de Viviendas Claver. Su única finalidad consistía en proporcionar viviendas dignas a los vecinos del barrio. A su primera reunión asistieron cuarenta socios, de los cincuenta y siete que formaban la cooperativa. De entre ellos se nombró un presidente, un secretario y un tesorero, requisitos legales indispensables para la constitución definitiva de la cooperativa.

El 12 de febrero de 1965, festividad de Santa Eulalia, se firmó la escritura de compra del primer solar, por el que se abonó la cantidad de 3.759.696 PTA. Pero antes de llegar a esa firma final hubo que vencer muchos obstáculos y salvar algunas barreras.

El día 10 del mismo mes, el procurador llamó al señor Núñez, abogado de la cooperativa, para avisarle que faltaban 637.050 PTA para poder completar el pago estipulado. Los plazos vencían y el propietario del solar quería cobrar la cantidad total al contado sin admitir retrasos en la fecha acordada. Si no pagaban, el propietario daba por liquidado el compromiso de venta.

Se convocó urgentemente a todos los socios pidiéndoles que pagaran las cantidades que tenían pendientes. De este modo, y sumando todas las aportaciones del momento, se pudo reunir una cantidad importante, pero aún seguían faltando 337.050 PTA. El tiempo apremiaba y la cooperativa estaba a punto de quedarse sin viviendas por falta de terreno.

El día 11 se personaron en la Caixa de Pensions el presidente, el tesorero, el abogado, señor Núñez, y el Padre Artigues, dispuestos todos ellos a quemar los últimos cartuchos. Gracias a las buenas relaciones que se tenían con el presidente de la entidad bancaria, el problema pudo ser solucionado de forma satisfactoria. Se firmaron tres créditos personales por valor de cien mil pesetas cada uno, a nombre del presidente, del tesorero y de señor Núñez. Las treinta y siete mil pesetas restantes las adelantó la O.Me.S.C. Todas las cantidades se ingresaron en la Caixa de Pensions, que libró un talón conformado por la cantidad total al Padre Artigues.

El día 12 el talón fue entregado puntualmente al propietario del solar. En el momento de efectuar el pago, el Padre Artigues se echó mano al bolsillo y muy sonriente, como era su costumbre, sacó cincuenta céntimos que era la cantidad exacta que faltaba

para completar la operación de venta.

No fue ese el único apuro que pasó la cooperativa. Para que los socios pudieran hacer frente a los pagos, hubo que avalar a muchos a través de créditos personales, a la vez que se les ayudaba a cumplimentar los trámites correspondientes. Pero como siempre, la tenacidad y constancia hicieron que la cooperativa de viviendas fuese una realidad.

En agosto de 1965 se bendijo y colocó la primera piedra de 31 viviendas, más una portería, en el solar del paseo de Montjuïc 22 y 24. Este primer bloque lleva el nombre del Padre Artigues. A este siguieron otros dos. Uno en la calle de Vilà Vilà 35 y 37, con un total de cincuenta y cuatro pisos; y otro en la calle La Font 18 con 25 viviendas más. Este último lleva el nombre de Virgen del Pilar.

LA PARROQUIA

Desde que el Padre Artigues tomó posesión de la parroquia, una de sus preocupaciones prioritarias fue la de encontrar un terreno adecuado para levantar el templo parroquial.

Mientras las demás actividades iban poniéndose en marcha en el viejo solar de Vilà Vilà, resultaba evidente que la parroquia necesitaba un espacio propio que no estuviese alejado del centro de asistencia al barrio.

Muchos fueron los intentos de comprar un terreno que no pudieron llevarse a buen término. Unas veces era la falta de acuerdo entre las partes, otras el elevado precio de los solares, que escapaba a las posibilidades de la parroquia. En una ocasión se desestimó la compra, aunque las condiciones eran inmejorables, por no querer expropiar a los vecinos que quedaban sin posibilidad de vivienda. Otra ocasión perdida fue la de la adquisición del solar del antiguo Frontón Barcelona, situado en la calle Vilà Vilà 52. La causa fue la falta de agilidad en el trámite de los permisos.

Por fin, en el año 1960 se pudo comprar, en la calle Palaudaries 23, el solar donde hoy en día se levanta la actual Parroquia de San Pedro Claver. El precio de la compra ascendió a nueve millones de pesetas. El acuerdo que permitió la compra se llevó a cabo en el obispado, y consistió en la permuta de la propiedad de Vilà Vilà a favor de la Compañía de Jesús, por la de la nueva parroquia a nombre de la diócesis.

El 30 de octubre de 1963 el Padre Artigues es recibido en audiencia por el anterior Jefe del Estado, General Franco. En el curso de la entrevista le hace entrega de una memoria de todas las obras llevadas a cabo durante los últimos años, y solicita su ayuda para hacer frente al pago de la compra del solar. Con destino a este fin, y por medio del Ministerio de Justicia, es concedida una donación de cinco millones de pesetas.

En la trayectoria histórica de la Parroquia hay fechas que se convierten en verdaderos hitos de su labor:

- 6 de octubre de 1952. Se celebra por primera vez la Misa en los locales de Vilà Vilà. Asisten más de cuatrocientos feligreses. Ante la numerosa asistencia de fieles se piensa en ampliar a dos el número de Misas. Dos Hermanos teólogos de la Facultad de Sant Cugat se desplazan los domingos a la parroquia para ayudar en las celebraciones religiosas y dirigir los cánticos. Los ornamentos y vasos sagrados son donación del recién celebrado Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

- 20 de junio de 1954. Acabadas las obras de la primera ampliación de la antigua nave, y puesto que se cuenta ya con Capilla propia para el culto, se celebran las primeras comuniones.

5 de diciembre de 1954. "¡Día grande! ¡El más grande!" De este modo titulaba el Padre Artigues al día en el que, una vez finalizadas las obras de la Capilla, el Señor Arzobispo traslada el Santísimo desde el laboratorio donde estaba reservado hasta el nuevo sagrario. El comentario final del "día grande" revela con claridad la emoción del evento: "... ¡Qué Jesús tome posesión de esta casa! ¡Qué no tenga que salir por ningún motivo!..."

- 7 de marzo de 1965. Empieza a funcionar la Parroquia con entidad propia. Esta fecha coincide con la promulgación del

Decreto de la Reforma Litúrgica del Concilio Vaticano II. A partir de ese momento se pueden celebrar bautizos, bodas y entierros. Las misas pasan a hacerse de cara al pueblo y se utiliza como lengua de culto el castellano, que sustituye al latín. La primera misa según el nuevo rito litúrgico fue celebrada en la parroquia por el señor Obispo de Barcelona.

- 17 de febrero de 1985. Bendición e inauguración de los nuevos locales de la Comunidad de San Pedro Claver, situados en la calle Palaudaries 23. Los actos se iniciaron con la Eucaristía presidida por el Cardenal Arzobispo de Barcelona, Monseñor Jubany, y continuaron con la visita a los nuevos locales. Un concierto de la coral "Verge Bruna" sirvió para concluir el acto.

Desde la fecha en que se hizo cargo de la parroquia la Compañía de Jesús varios han sido los párrocos y vicarios que han pasado por ella. Todos han dejado la huella de su trabajo bien hecho, y en estos días en que nos acercamos a la celebración de un nuevo aniversario, justo es recordar sus nombres y su trayectoria al servicio de la parroquia.

El primer párroco fue el Padre Luis Artigues, asistido por los padres Puche y Savall. A la marcha de estos continúa de Rector el Padre Artigues, y como Vicario el Padre José María Giol, que llega para ocupar dicho cargo en el año 1963, aunque con anterioridad ya había ejercido como profesor en la escuela en 1956 amén de colaborar en múltiples actividades.

Tras la muerte del Padre Artigues, ocurrida el 22 de julio de 1965, le sucede como Rector el Padre Juan Canet, y actúan como vicarios los padres Giol y Nolla. Este último es nombrado Padre espiritual del colegio de San Pedro Claver.

El Padre Canet pone en marcha la ya fundada cooperativa de Viviendas. También inicia los trámites para desvincular el Hospital de la Parroquia, trámites que finalizan con la creación de la Fundación Eclesiástica de San Pedro Claver.

En el año 1976 el Padre Canet es trasladado a Lérida, con el encargo de levantar la nueva parroquia de San Ignacio de Loyola. El Padre Giol es nombrado párroco y como nuevo vicario llega el Padre José María Pañella. El Padre Nolla continúa también de

Vicario hasta que en 1978 es trasladado a la parroquia de San José Obrero de Torreforta, en Tarragona.

El Padre Giol emprendió la tarea de poner en marcha los proyectos de construcción de la nueva parroquia. Las futuras obras debían contemplar la distribución del solar entre lo que sería propiamente el local de la parroquia y las viviendas que ocuparían la parte superior de la misma. El buen hacer del Padre Giol hizo que tanto el arquitecto como la promotora alcanzasen un rápido acuerdo sobre la distribución de espacios.

En el año 1983 el Padre Giol es trasladado a Bellvitge como párroco de Nuestra Señora de Bellvitge. Ese mismo año se hace cargo de la Parroquia el Padre José María Pañella, el cual inicia las obras de construcción del templo parroquial. El 17 de febrero de 1985 se inaugura felizmente la nueva parroquia, a la vez que se ponen en marcha nuevas actividades de asistencia social, aglutinadas en la Fundación San Pedro Claver.

A lo largo de estos cincuenta años que median entre aquel 9 de octubre de 1945, fecha de promulgación del decreto de fundación de la Parroquia de San Pedro Claver, hasta nuestros días, han sido muchas las personas que a través de las actividades que comprendía la Obra Médico Social Claveriana supieron, con tesón y entusiasmo, aportar soluciones a todos aquellos problemas de orden social, cultural y médico que tenía planteados el barrio, con la única intención de dar testimonio vivo de la presencia de Cristo en él.

Y ahora, cincuenta años después, podemos afirmar que fieles a la palabra dada entonces, la Parroquia de San Pedro Claver ya tiene Templo.